

Lope a través de su correspondencia

José Manuel Sánchez Ron
Real Academia Española

Son varias y no siempre coincidentes las imágenes que una persona presenta de sí misma. Una de ellas es la que se manifiesta a través de su correspondencia, de las cartas que escribe a otros, que al ser en principio de carácter privado suelen ofrecer versiones más sinceras de los pensamientos propios. En el caso de Félix de Lope de Vega y Carpio, el protagonista de esta exposición, somos afortunados al disponer de una cuidada edición de su correspondencia, de una parte de ella, de la que fue responsable Agustín González de Amezúa, miembro entre 1929 y 1956 de la Real Academia Española. Publicada por acuerdo de la RAE por primera vez en 1935 –cuatro tomos con un extenso estudio introductorio a cargo del propio González de Amezúa–, este epistolario fue reeditado, también por la Academia, en una edición facsímil en 1989¹.

«Hace algunos años», explicaba Amezúa en una nota preliminar («Al que leyere»), «vino a mis manos, por generosa donación de su poseedor don Luis Valdés, buen amigo mío, y sobrino político que fue de don Aureliano Fernández-Guerra, la esmerada copia que obtuvo este insigne erudito, alrededor de 1868, de los tres códices autógrafos de cartas de Lope de Vega descubiertos por entonces en el Archivo de la Casa de Sessa [...]. Libre yo a la sazón de otros cuidados y obligaciones más prosaicos que hasta poco me habían embargado, y disfrutando de algún vagar, me encariñé con la idea de sacar a luz por entero el EPISTOLARIO del admirable Fénix, incompletamente aprovechado por sus biógrafos, sirviéndome para ello de aquel valioso material»². No obstante, don Agustín supo entonces que la misma idea estaba en curso de desarrollo en el Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios, a cargo de Francisco A. de Icaza, pero al fallecer éste y tras pedir Amezúa permiso en 1927 al director del Centro de Estudios Históricos y compañero suyo en la RAE, Ramón Menéndez Pidal, se dedicó de lleno a preparar el epistolario, que finalmente incluyó 809 cartas³.

Señalaba Amezúa que los códices autógrafos con las cartas de Lope se habían descubierto en la Casa del duque de Sessa, a cuyo sexto titular, Luis Fernández de Córdoba y de Aragón, Lope sirvió desde 1605. El motivo de que allí se encontrasen tales documentos, lo explicaba en su estudio⁴ :

«La Naturaleza, que huye siempre de lo absoluto y uniforme, ama lo vario y distinto, y rara vez hace cabales y perfectos a los hombres, gustando de mezclar caprichosamente en un mismo sujeto las dotes y prendas más dispares, concedió a aquel Duque de Sessa, mecenas de Lope, corto de luces, poltrón, vanidoso y mujeriego, una cualidad digna de un hombre de valer: la de aficionarse por extremo a los escritos de toda suerte que procedieran del ingenio del Fénix, y singularmente a sus autógrafos. Durante los muchos años que Lope ofició de secretario suyo y estuvo bajo su dependencia, aprovechó-la incansablemente el maniático prócer para sacarle, a fuerza de peticiones y con el cohecho de sus dádivas, docenas de comedias, estancias, epístolas latinas, cartas, billetes y poesías a sus amadas, y hasta los borradores y apuntes mismos de sus futuras obras».

Hijo es el destino de la imprevisible fortuna, y gracias a aquella afición de don Luis Fernández de Córdoba y de Aragón, y por supuesto a su privilegiada posición, disponemos hoy de una parte -muchas cartas sin duda se perdieron- de la correspondencia de Lope de Vega, tesoro que alberga la biblioteca de la Real Academia Española. Uno de esos documentos, *Cartas al Duque de Sessa*, «Cartas y villetes de Belardo a Luçilo sobre diversas materias» (Real Academia Española Ms. 389), encuadrado en piel de zapa roja con hierros dorados, que contiene 145 cartas de Lope de Vega, en su mayoría sin fecha, dirigidas al duque de Sessa, excepto cinco, se muestra en la presente exposición, junto a una «carta de obligación», fechada el 23 de enero de 1622 y otorgada por el duque de Sessa, por la que se comprometía a dar a Lope de Vega 1000 ducados, de los frutos y rentas de la encomienda de Belmar y Albánchez, para pagar la dote de Marcela de Vega y Carpió, hija de Lope, al profesar ésta como monja en el convento de la Santísima Trinidad.

Ahora bien, por mucho que falten muchas cartas, las editadas por Amezúa muestran numerosos detalles no sólo de la vida del Fénix de los Ingenios, sino también, como es natural, del mundo en el que vivió. «Tantos y tantos pasajes difíciles como contienen, tantas alusiones a su

vida privada y literaria, tantos pensamientos confidencias, audacias y flaquezas como en sus hoy amarillentos plieguecillos vertió su pluma, sin empacho ni reserva», anotó con razón Amezúa en su estudio introductorio⁵. En lo que sigue, reproduciré algunos pasajes de esas cartas, con los que podemos hacernos idea de algunas de las vicisitudes y opiniones de Lope, así como de cómo era el mundo en el que vivió⁶.

Apuntes epistolares

No son infrecuentes los odios y envidias entre profesionales del mismo ramo y Lope de Vega no fue una excepción a semejante regla probabilística. Así, el 4 de agosto de 1694, desde Toledo, escribía a un personaje desconocido: «De poetas no digo: buen siglo es este. Muchos en çierne para el año que vyene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quixote». Y, cambiando de tercio, añadía: «Dicen en esta ciudad que se viene la Corte a ella. Mire V. m. por dónde me voy a biuir a Balladolid, porque, si Dios me guarda el seso, no más corte, coches, caballos, alguaciles, musicas, rameras, hombres, ydalguias, poder absoluto y sin P... disoluto, sin otras sabandijas que cria ese oceano de perdidos».

El 14 de mayo de 1610, Enrique IV de Francia era asesinado –recibió dos puñaladas– por un fanático católico, después de intentar hablar con el monarca con la intención de evitar que Francia entrase en guerra contra los católicos Habsburgo durante la crisis de la sucesión de Juliers-Cléveris. Un mes y medio más tarde, el 30 de junio, Lope, todavía en Toledo, comentaba el suceso al duque de Sessa:

«De la muerte del Rey francés no se me entiende mucho, porque entre otros desatinos míos nunca crehí que había Reyes en otras lenguas. Toda mi vida conoçi Reyes en castellano; éstos guarde Dios, que esto desseo; y en Françia, siquiera lo sea el que inventó los naipes, no porque carezca de consideraçion que un Rey muera sin enfermedad, y, como dicen los portugueses, *muito contra sua voluntade*; que realmente lastima que no pueda su poder reseruarse del furor, y que lo sea tanto una determinaçion que alce la mano a la suprema grandeza de la tierra, y que tan pequeño yerro halle lugar por la defensa de tantos como guardan la persona de vn rey; de lo que se colige moralmente que no hay seguridad ni estatua tan alta que no la pueda derribar la más pequeña piedra. Esto basta en franzes. Luto me dizen que mandan poner; yo pienso colgarme vna bota al cuello quando me baya a Madrid y mi rosario; y guarde Dios

a Felipe, a su casa y familia, y al Duque de Sesa, que es mi buen amo y señor, y a quien deseo todo aumento, descanso y bien».

Si hay algo que nos acompañe e interese a los humanos, desde que pudieron presumir de pertenecer a una especie, *homo sapiens*, reflexiva e inteligente, es la salud, lo que es tanto como decir la medicina. Por ello, no es sorprendente que asuntos médicos aparezcan con cierta frecuencia tanto en la correspondencia como en la obra literaria de Lope (otros capítulos de este catálogo tratan de este tema). Veamos dos ejemplos en este sentido: dos cartas dirigidas al duque de Sessa escritas desde Madrid, probablemente en la primavera de 1611. En la primera, Lope informaba a su benefactor que: «Heme acostado todo el rostro inchado de vn corrimento, y assi supplico a Vex.^a no se tenga por deseruido de que solo aora vaya la respuesta déste, por ser forçosa; que esotras yran mañana despues de la sangria que me mandan hazer». Solícito, el duque de Sessa le visitó, molestia que Lope agradecía en una nueva misiva:

«A la visita y merced de Vex.^a hiçiera mayor agrauio mi mal que a mi salud, si despues della vuiera pasado adelante. Él fue tan entendido, que me agradeçio a mí lo que yo no pude a Vex.^a, y de que ya quedo con justissima desconfiança, porque el cuydado y faoues desde papel exçeden a todo buen desseo; y pues yo rindo los mios siendo tan grandes, quanto lo es Vex.^a a quien los deudo, no me queda más que sentir ni otra satisfacion que dar. Y estare esta tarde aquí; porque, quando quisiera, no me siento con fuerças para prouar a salir con quarenta onzas menos de sangre de las con que entré el lunes, que por la parte de poeta no son de pequeña consideracion».

Si suponemos que se refería a la onza castellana, equivalente a 28,7558 gramos de hoy, 40 onzas corresponden a 1150 gramos, esto es, algo más de un kilo, una cantidad de sangre nada despreciable, para un poeta lo mismo que para el más insensible iletrado. Y no olvidemos que las sangrías continuaron utilizándose en la práctica médica hasta el siglo XIX.

Por otra misiva, de nuevo a su señor (Madrid, 17 de septiembre de 1611), sabemos que «este lugar esta tan falto de [salud] , que me dizen que ay en él cinco mil enfermos, y a la fe, Señor excm.^o, que no se alaben los medicos de este septiembre, porque estan más de treynta a la merced de los sanos y sugetos como nosotros. Las terzianas se ha mudado en catarros; las damas tossen; los galanes se suenan; oy en las visperas de la fiesta de los algaçiles hauia tanto ruido, que descomponian la musica».

Ofrecen también las cartas detalles sobre entretenimientos y fiestas populares. Los toros eran uno de ellos. «Los Toros, Señor, dizen que fueron buenos, y el ánimo del duque de Pastrana y su hermano, como en Toledo, y todo juntó bastante regocijo, para sin ocasión. Hubo mucho que ver en los arboles del Prado, que estaban cubiertos de picaros en figura de cuerbos» (al duque de Sessa, Madrid 17-18 de junio de 1611). Y (al duque de Sessa, Madrid 1-5 de julio de 1611) «Fueronse los Reyes hartos de toros, si desto pueden estarlo, porque aca no sabemos otra fiesta que les hazer. Dizen todavia que sus magestades van a Portugal, y que en dos años no bolueran aquí: terrible soledad sería, y si fuesse, yo pienso dar vna buelta a Portugal quando entren en ella, con liçencia y beneplaçito de Vex.^a». En aquellos tiempos, en efecto, podía pasar mucho tiempo antes que los reyes españoles volviesen a un lugar, no importa lo señalado que éste fuese.

Las ferias eran entretenimiento popular y muy deseado, y Lope informaba el 24 de septiembre de 1611 a su duque de una de las que se celebraban en Madrid:

«Aquí han sido las ferias menos que suelen entretenidas: sobran damas y faltan dineros; los coches han crezido en numero, pues hantes los habia por esquadras, ahora por legiones, como demonios; y para mayor embarazo trahen añadidas dos bestias; que todo quanto se yntenta en el mundo es en aumento suyo. Vi al Duque, cuñado de Vex.^a: está bueno y ba con el de Pastrana; ferié sus cortessias, y bolbime harto de ber vandas, colchas, çapatillas, medias, almonedas, rameras, libros, nueçes, membrillos y melocotones».

Las ferias también se resentían de las enfermedades: «No tiene el lugar cosa nueva, porque todos andan temiendo de su salud y gobernandose para conseruarla. El prado siente el Setiembre; las ferias comienzan a lamentarse de las tercianas; las Virgenes se frequentan; danse çirios; hacénse nobenas; yo que no tengo salud que tema ni desee, si no es la del excm.^o Duque de Sesa, estoy en eterno pensamiento de su bien, y pidiendo a Dios su uida más que la mia, de mi muger y de mi hijo» (al duque de Sessa, Madrid primeros de noviembre de 1611).

También asistió Lope a las fiestas de Segovia, ciudad desde la que informaba a Sessa el 23 de septiembre de 1613:

«Las fiestas desta çiudad han sido notables; la relacion de las quales tendra algunas otautitas de Velez v de otro alguno de los obligados a este genero de suçesos, con que me escuso de dezir a Vex.^a quáles fueron: toros brauos, juego de cañas conçertado, caydas, lanzadas, cuchilladas venturosas, mozos arrojados, por aliento de las personas reales, mascara de los caballeros corrida, otra de los mercaderes parada, aquélla sacada dellos a pagar a plazos, y ésta de las mismas tiendas sin escriuirla; la proçession no se hizo, por[que] el agua destruyó los altares y las colgaduras. Vex.^a no preste sin mirar el pronóstico del año, y en diçiendo nublado, estense en casa los doseles: cierto que ha sido una lástima».

Otra manifestación cultural son, mal que nos guste, los enterramientos. Y Lope también se refirió a ellos en sus cartas, no a uno de persona corriente sino al de una duquesa. Lo hizo en otra de sus cartas al duque de Sessa, ésta desde Madrid a fines de agosto de 1611:

«Por aca, Señor excmo.º, andamos llenos de enfermedades, y çierto muere mucha gente; allá le lleban a Vex.^a la señora Duquesa de Vzeda, que Dios tiene, gran señora y malograda; que la muerte *equo pede pulsat*: causó gran lástima a todos, y a los más espirituales el ver qué poco resisten altos lugares al fin comun de las cosas de la tierra, en que todas paran. Cuentan que el modo de llebarla es tan grande que se descubre en él el amor de los señores que la pierden. Dizen, entre otras cossas, que lleban mil y quinientas mulas de alquiler: para que vea Vex.^a que tambien la muerte camina con ejército, todo el qual dizen tambien que cuesta cada dia tres mil ducados Yo le confieso a Vex.^a que me guelgo de haber naçido en tiempo que aya visto semejante marauilla: que vn muerto coma cada dia tres mil ducados, y más huiendo leydo en vna Coronica de España que a una ynfanta della dieron de dote tres mil marauedis».

Como es natural, las cartas de Lope abundan en asuntos personales, la mayor parte de ellos relacionados con el duque de Sessa, ya que él copa casi toda la correspondencia conservada. Puede ser interesante mencionar algunos, como los problemas que ocasionó a Lope el que el duque de Sessa le utilizase en sus abundantes asuntos amorosos, tema destacado en el epistolario. «En dos formas o maneras actúa Lope amatoriamente cerca de su amo y señor el Duque de Sessa», escribió Amezúa, «como secretario y como confidente y consejero [...]. Durante el comienzo de su

secretariado en Madrid y más tarde, cuando, sin abandonarlo, Lope se traslada a Toledo, la misión filigráfica del poeta reduce las más veces a devolver al Duque debidamente contestados los papeles y billetes de sus queridas, como una rama más del oficio que servía»⁷. Semejantes servicios le ocasionaron serios problemas a Lope, especialmente cuando, el 24 de mayo de 1614, decidió ser ordenado sacerdote. Comenzó entonces a tener problemas con sus confesores por esos servicios. Por ello, pidió al duque que le eximiese de escribirle papeles amatorios. A finales de junio (¿26-30?) de 1614 escribía al duque:

«Señor excm.^o, mi disgusto y tristeza, porque Vex.^a no esté suspenso; no se canse en venir aquí a la noche, pues bien puedo, como a tan gran señor y dueño mio, hablar tan claro; que como cada día confieso este escriuir estos pepelos, no quisieron el de san Juan absoluerme si no daua la palabra de dexar de hazerlo, y me aseguraron que estaua en pecado mortal. Heme entristezido de suerte, que creo no me huuiera ordenado si creyera que hauia de dexar de seruir a Vex.^a en alguna cosa, mayormente en las que son tan de su gusto; si algún consuelo tengo, es saber que Vex.^a escriue tanto mejor que yo, que no he visto en mi vida quien le yguale; y pues esto es verdad infalible y no excusa mia, suplico a Vex.^a tome este trabaxo por cuenta suya, para que yo no llege al altar con este escrupulo, ni tenga cada día que pleytear con los censores de mis culpas; que le prometo que me abentaja tanto en lo que escriue como en el haber naçido hijo de tan altos príncipes».

Como vemos, el buen Lope no tenía reparos en mentir descaradamente a su señor, adjudicándole habilidades literarias que negaba incluso a Cervantes. A pesar de todo, de sacerdocios y de amenazas de vivir en pecado mortal, Lope continuó finalmente sirviendo al duque de Sessa en términos parecidos, estando la correspondencia que mantuvieron repleta de tales asuntos... y de los propios de Lope, no menos activo amatoriamente que su señor.

Miremos, no obstante, al inmortal Fénix con la comprensión que da el saber lo duro que era entonces ganarse el pan diario. Es, desde esa perspectiva, común a literatos y todo tipo de menesterosos (la mayor parte de la sociedad de aquellos tiempos), que debemos entender su servilismo no sólo con Sessa, sino también con otros nobles, como el conde de Lemos, al que escribía del 6 de mayo de 1620, desde Madrid, seguramente desde la casa que hoy conservamos en su honor y memoria:

«Yo he estado un año sin ser poeta de pane *lucrando*: milagro del señor Duque de Osuna, que me envió quinientos escudos desde Napoles, que, ayudados de mi beneficio, pusieron la olla a estos muchachos, entre los cuales hay quince años de una doncella, virtuosos y no sin gracias. Passo, Señor Exc.º, entre librillos y flores de un huerto lo que ya queda de vida, que no debe de ser mucho, compitiendo en enredos con Mesqua y Don Guillen de Castro, sobre cuál los hace mejores en sus Comedias. Qualquiera destos dos ingenios pudiera servir mejor a Vex.^a en esta ocasión; pero pues ya tuve esta dicha, no quiero escusarme, sino dar a los dos esta envidia, que es el mayor premio que me puede dar Vex.^a si acierto a servirle. Ya sabe cómo le amo y reverencio, y que he dormido a sus pies, como perro, muchas noches; esos vuelvo como entonces a besar mil veces».

Bastan, creo, estos pocos ejemplos extraídos de la correspondencia de Lope, para hacerse una idea de lo mucho que podemos obtener de ella. Aunque no contribuyan a aumentar su grandeza, sí sirven para que algo no es menos valioso: mostrarle como el hombre que fue, que en semejante condición no se diferenció demasiado de los demás.

¹ Agustín G. de Amezúa, ed., *Epistolario de Lope de Vega y Carpio* (Tipografía de Archivos 1935/Real Academia Española 1989). El estudio introductorio de Amezúa, «Introducción al epistolario de Lope de Vega y Carpio», ocupa 520 páginas del volumen I, todo el II (725 págs.) y 98 del tercero.

² Agustín G. de Amezúa, «Al que leyere», *Epistolario de Lope de Vega y Carpio*, ob. cit., tomo I, pág. ix.

³ Francisco Asís de Icaza (1863-1925) fue un crítico, historiador y poeta mexicano que pasó la mayor parte de su vida en España, donde falleció (en Madrid). Fue miembro de la Real Academia de la Histo-

ria y de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

⁴ Agustín G. de Amezúa, «Introducción al epistolario de Lope de Vega y Carpio», en *Epistolario de Lope de Vega y Carpio*, ob. cit., tomo III, pág. ix.

⁵ Agustín G. de Amezúa, «Al que leyere», *Epistolario de Lope de Vega y Carpio*, ob. cit., tomo I, págs. x-xi.

⁶ Todos los ejemplos que cito aparecen en el *Epistolario* de Amezúa.

⁷ Agustín G. de Amezúa, «Introducción al epistolario de Lope de Vega y Carpio», en *Epistolario de Lope de Vega y Carpio*, ob. cit., tomo I, pág. 351.